

Unión y desunión en América Latina

Por Patricia GALEANA*

*Un archipiélago de países, desconectados
entre sí, nació, como consecuencia de la
frustración de nuestra unidad*

Eduardo Galeano

AHORA QUE EUROPA SE PI ANTEA PROBLEMAS de integración e identidad,¹ que parecieran exclusivos de los latinoamericanos, nuestra experiencia resulta ilustrativa de las dificultades que presenta tanto la unión de los gobiernos como de los pueblos con identidades distintas.

Desde que los países de la América hispana iniciaron la lucha por conseguir su independencia política, se planteó la dicotomía sobre las relaciones intercontinentales: la unidad de las nuevas naciones con un origen común, que urgieron del rompimiento del imperio español en América,² o la unidad de todos los territorios americanos, independientemente de su origen cultural. Ya consumada la independencia, en el proceso de construcción de los Estados nacionales, la controversia se agudizó, planteando divisiones insuperables entre la clase política de las nuevas naciones.³

Unos pensaron que la unión con quien ya empezaba a descollar como Coloso del Norte iba a dar una dinámica acelerada al desarrollo propio; otros argumentaban, por el contrario, que las diferencias entre las antiguas colonias anglosajonas protestantes y los católicos hispanoamericanos iban a hacer difícil esa relación, en detrimento del desarrollo autónomo de las repúblicas de la América hispana.⁴

La política bolivariana fue la primera respuesta orgánica que se dio en la región ante la desarticulación de la sociedad hispanoamericana.

* Historiadora y profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. E-mail <p_galeana@yahoo.com>

¹ Leopoldo Zea, "Presentación", en Patricia Galeana, coord., *Latinoamérica en la conciencia europea. Europa en la conciencia latinoamericana*, México, FCE, 1999, p. 11

² Cf. Carlos M. Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina siglo XIX*, México, FCE, 1982 (serie *Obras de historia*), 349 págs

³ Cf. François Chevalier, *América Latina de la Independencia a nuestros días*, México, FCE, 1999, 777 págs

⁴ Jaime E. Rodríguez O., "La muerte del hispanoamericanismo", en *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo, 1808-1832*, México, FCE, 1980, pp. 299-305

como producto inmediato de las guerras de independencia. Larga ha sido la historia de los diversos intentos a favor de la unidad hispanoamericana, desde que en 1815 el Libertador escribió su *Carta de Jamaica*.⁵

Bolívar tuvo conciencia del peligro que representaba Estados Unidos, por ello buscó una integración entre pares, entre hispanoamericanos.⁶ Alertó sobre los tratados entre débiles y poderosos, ya que “formando una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil”.⁷

Entre los diversos intentos para buscar la unión hispanoamericana, el mexicano Lucas Alamán planteó, en 1831, la necesidad de hacer un “pacto de familia” entre los pueblos recién independizados del imperio español, que debían trabajar conjuntamente en la solución de sus problemas.⁸ Alamán destacó las diferencias existentes entre las naciones de origen hispano y Estados Unidos, que tenía “intereses mercantiles y aun políticos encontrados” con los hispanoamericanos, y por consiguiente estaban “más empeñados en embarazar los objetos” de la unidad.⁹

Desde la declaración de la Doctrina Monroe en 1823 a la Primera Conferencia Panamericana, reunida en Washington en 1889, Estados Unidos buscó excluir a las potencias europeas de América y propició la división entre los latinoamericanos, en oposición al hispanoamericanismo bolivariano.¹⁰

⁵ Cf. Ignacio Sosa, “Prólogo”, en *Simón Bolívar textos, una antología general*, México, UNAM / SEP, 1982, pp. 1-11.

⁶ Leopoldo Zea, *Simón Bolívar, integración en la libertad*, Caracas, Monte Avila Latinoamericana, 1989, pp. 15-29.

⁷ Carta a José Rafael Revenga, Magdalena, 17 de febrero de 1826, en *Simón Bolívar. Obras completas*, La Habana, Editorial Lex, 1947, p. 1266-1267.

⁸ Proyectos de la integración de la América hispana: Francisco de Miranda, Juan Egaña, Bernardo O’Higgins (6 de marzo de 1818, “Confederación Latina de América”), José de San Martín, Bernardo Monteagudo, José Gervasio Artigas, Cecilio del Valle, Bernardo Rivadavia. Véase Caroline Roubik y Marcela Schmidt, *Los orígenes de la integración latinoamericana*, México, IFGH, 1994, p. 10.

En *La iniciativa de la América*, del chileno Francisco Bilbao, se exhorta a la asociación de hombres y pueblos libres para conseguir la fraternidad universal. Clara Alicia Jalif de Bertranou, *Francisco Bilbao y la experiencia libertaria de América la propuesta de una filosofía americana*, Mendoza, EDUINC, 2003, p. 193.

⁹ Biografías de Lucas Alamán y Escalada se encuentran en Patricia Galeana, *Cancilleres de México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1993, tomo I, pp. 57-73.

¹⁰ Francisco Cuevas Cancino, *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas 1826-1954 el genio de Bolívar a través de la historia de las relaciones interamericanas*, Caracas, Ragón, 1955, tomo I, pp. 221-272. Una muestra palpable de esta política fue la presión norteamericana en torno a la comunicación interoceánica en el istmo mexicano de Tehuantepec, primicia del panamericanismo.

Como continuación del monroísmo, el panamericanismo planteó la unión de todos los pueblos americanos, incluyendo a los caribeños, en torno a Estados Unidos.¹¹ Dada la relación asimétrica entre este país y los hispanoamericanos,¹² Estados Unidos logró establecer su hegemonía sobre el continente.

El monroísmo había pasado de ser una declaración en defensa de las nuevas naciones americanas frente a la reconquista e intervención europea a ser la política hegemónica norteamericana sobre todo el continente, con fundamento en la doctrina del Destino Manifiesto.

Concibiéndose a sí mismo como el país elegido por Dios para civilizar al mundo, Estados Unidos desplegó una agresiva política expansionista, para ocupar el espacio que España iba perdiendo en el continente.¹³ Requerían extender su espacio vital para acoger a los numerosos migrantes europeos que recibían día a día.

Si el imperio español había legitimado la conquista de las tierras americanas a través de la evangelización, los norteamericanos justificaron su expansión para llevar a cabo un proceso civilizador a través de su sistema democrático; primero en el continente americano y después en el mundo. Ambos se sintieron poseedores de la verdad universal: los españoles de la única y verdadera religión, la católica, y los norteamericanos del mejor sistema político.

Con fundamento en una teología política que aprueba la mezcla de la religión, la política y los negocios — prolongación del pragmatismo inglés —, el Coloso del Norte tuvo un rápido desarrollo económico. El concepto bíblico: “por sus frutos los conoceréis” fue el impulsor de su progreso. Ello propició que los países hispanoamericanos buscaran su apoyo como el de un hermano mayor. La invocación de la Doctrina Monroe como escudo protector ante el asecho de las monarquías europeas, fue práctica común en el arduo proceso de construcción de sus Estados nacionales.

El proyecto de hegemonía hemisférica estadounidense provocó sentimientos contradictorios, de admiración y de rechazo, en los hispanoamericanos. Al ser Estados Unidos el primer país de América que se independizó y el primero del mundo que puso en práctica las ideas del

¹¹ José Luis Orozco, *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos: aproximación al globalismo norteamericano*, México, UNAM / Gedisa, 2001, pp. 223-233.

¹² Alberto Díaz, “Panamericanismo”, en Norberto Bobbio y Nicola Matucci, dirs., *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1986, p. 1161.

¹³ Por su situación de vecindad geográfica, México fue víctima natural del expansionismo norteamericano. Dado el carácter empresarial de los gobiernos norteamericanos, intentaron primero la compra-venta de los territorios deseados. Al no obtenerlos, procedieron a conquistarlos.

liberalismo, con el establecimiento de un régimen constitucional, los liberales buscaron su alianza desde el inicio de la lucha independentista. Vieron en Estados Unidos un ejemplo a seguir y sus instituciones sirvieron de modelo en diversos momentos de su historia. Pero por su política imperialista, los norteamericanos pasaron de ser los aliados naturales a ser "los enemigos naturales".

Lamentablemente, salvo en algunos momentos de amenazas graves del exterior, los países de la América hispana estuvieron siempre más ocupados en resolver sus problemas internos, que en intentar hacer realidad su unión. En vez de unirse, acabaron por rivalizar para tener la protección del Coloso del Norte. La desunión facilitó la empresa imperial norteamericana y viceversa, la política imperialista contribuyó a su atomización.

En el proceso de construcción de sus Estados nacionales hubo diversos momentos de solidaridad hispanoamericana. Sobre todo en los momentos de crisis, como cuando se dio la intervención francesa en México y se puso de manifiesto la fraternidad de la América hispana. Pero al fracasar la intervención y el Segundo Imperio, se acabaron las expectativas europeas respecto de México y el país quedó dentro de la zona de influencia de Estados Unidos.

Así, la idea de unión bolivariana quedó como una utopía irrealizable ante el avance del panamericanismo. La historia de la unidad latinoamericana, escrita desde la cecidad de cada nación, es una sucesión de ilusiones y de frustraciones. El problema parte de un error conceptual de origen. Los primeros pasos del proyecto anfictiónico hispanoamericano se orientaron hacia el ámbito de lo político.

La idea de la unidad no podía prosperar por la fragilidad de cada Estado nacional que hacía inviable la configuración de una comunidad internacional.

Las lecciones bolivarianas y la gestación de entendimientos circunstanciales mantuvieron latente un proyecto luminoso, pero la inestabilidad política impidió configurar alianzas continentales. En el proceso de construcción de sus Estados nacionales, los nuevos países sufrieron el acoso de las potencias extranjeras; conflictos armados internacionales y nacionales; violencia política; turbulencia social e inequidad económica, características todas que han dificultado la vigencia de su Estado de derecho. Cuando se superaba un problema, otro nuevo emergía. La idea de unidad continental naufragaba en las múltiples expresiones de desarticulación nacional.

La unidad hispanoamericana no pudo ser instrumentada básicamente por la debilidad de las fuerzas centripetas que debían impulsar

la.¹⁴ Prevaleció, en cambio, la unión del continente en torno a Estados Unidos.¹⁵ La construcción de un sistema interamericano, con la presencia de Estados Unidos, representó un nuevo escollo. Los objetivos tuvieron que redefinirse, porque el proyecto originario suponía la unión como condición de fortaleza que permitiera paliar las relaciones asimétricas con las grandes potencias. Pero paulatinamente fue posible absorber también este nuevo enfoque.

El sistema panamericano se institucionalizó en la última década del siglo XIX, con el predominio estadounidense.¹⁶ Sin embargo, mediante acciones multilaterales, los países latinoamericanos han buscado reformar la Organización de Estados Americanos para que responda a los intereses de todos sus miembros y no sólo al gobierno norteamericano.¹⁷

Que el panamericanismo haya podido tomar forma no significó la anulación de la corriente latinoamericanista, continuación de la hispanoamericana, con la inclusión de Brasil. Los intentos de integración latinoamericana han persistido y se manifiestan, con menor o mayor fuerza, en diversos foros. La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, la Asociación Latinoamericana de Integración y el Sistema Económico Latinoamericano serían algunos de los ejemplos más acabados del latinoamericanismo.¹⁸

Al mediar el siglo XX hubo un giro de lo político hacia lo económico. Esto facilitó incluso que sistemas políticos incompatibles establecieran puentes de comunicación basados en la aparente neutralidad de los intereses comerciales. Los intercambios fueron pocos pero el diálogo se hizo regular.¹⁹

Si bien en América Latina no se ha logrado una integración política y se avanza hacia una integración de bloqueos económicos, existen otras modalidades de vinculación, sobre todo de naturaleza cultural. Podemos hablar de una identidad latinoamericana, que identifica a la

¹⁴ Bobbio, *Diccionario de política* [n. 12], p. 1161

¹⁵ Una acción fundamental en este proceso fue el control del paso interoceánico

¹⁶ En el caso del paso interoceánico, el gobierno estadounidense aprovechó la inestabilidad política y la bancarrota económica de los tres países latinoamericanos para obtener tratados ventajosos. Al mismo tiempo desplegó una exitosa estrategia diplomática con Gran Bretaña hasta lograr su exclusión de la empresa, así como la de Francia y España en el área. En México, el Tratado McLane-Ocampo es un episodio de esta batalla diplomática

¹⁷ Edmundo Hernández-Vela Salgado, *Diccionario de política internacional*, 3ª ed., México, Porrúa, 1988, pp. 119 y 190

¹⁸ Patricia Galeana, comp., *Cronología iberoamericana 1803-1992*, México, FCE, 1993, pp. 7-8

¹⁹ Hoy el MERCOSUR se fortalece

población de esa región americana. Lo latinoamericano es un sentimiento de pertenencia a una misma cultura, a una historia común, donde se habla una misma lengua y se enfrentan problemas comunes. Entre estos problemas destacan: la fragilidad democrática, la vulnerabilidad económica, la inequidad social y el acoso de Estados Unidos.

Al tener economías que compiten por vender al mismo comprador, en vez de ser complementarios, su unidad se debate entre la aceptación de la tutela norteamericana o la resistencia a ultranza. Así, si en el terreno político no hay unidad de América Latina, sí hay, en cambio, una vocación cultural por la unión de los latinoamericanos.